

«Una aventura épica y apoteósica en alta mar».
—REBECCA YARROS, AUTORA DE *ALAS DE SANGRE*

TEMPESTAD



VICTORIA

AVEYARD

DE LA AUTORA DE *LA REINA ROJA* Y *DESTRUCTORA DE REINOS*.

GRANTRAVESÍA

TEMPESTAD

GRANTRAVESÍA



TEMPESTAD

VICTORIA

AVEYARD

Traducción de Karina Simpson

GRANTRAVESÍA

Ésta es una obra de ficción. Los nombres, personajes, lugares e incidentes son producto de la imaginación del creador o se usan de manera ficticia. Cualquier semejanza con personas (vivas o muertas), acontecimientos o lugares reales es mera coincidencia.

TEMPESTAD

Título original: *Tempest*

© 2026, Victoria Aveyard

Publicado según acuerdo con New Leaf Literary & Media, Inc.,
a través de International Editors & Yáñez' Co.

Traducción: Karina Simpson

Diseño de portada: Will Staehle/UnusualCo

Fotografía de la autora: Luke Fontana

Diseño de interiores: Patrick Barry

Mapas en guardas: TK

Mapas en guardas: © 2026, Victoria Aveyard

D.R. © 2026, Editorial Océano, S.L.U.

C/ Calabria, 168-174 - Escalera B - Entlo. 2ª

08015 Barcelona, España

www.oceano.com

D.R. © 2026, Editorial Océano de México, S.A. de C.V.

Guillermo Barroso 17-5, Col. Industrial Las Armas

Tlalnepantla de Baz, 54080, Estado de México

Primera edición: 2026

ISBN: 979-13-992215-2-7

Depósito legal: B 19394-2026

Todos los derechos reservados. Quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización escrita del editor, bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, y la distribución de ejemplares de ella mediante alquiler o préstamo público. La infracción de los derechos mencionados puede constituir un delito contra la propiedad intelectual.

Queda prohibida la reproducción total o parcial de este libro para el entrenamiento de tecnologías o sistemas de inteligencia artificial. El autor y la editorial no se responsabilizan del uso indebido de su contenido. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) o a CeMPro (Centro Mexicano de Protección y Fomento de los derechos de autor, www.cempro.org.mx) si necesita reproducir, fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

IMPRESO EN ESPAÑA / PRINTED IN SPAIN

9006053011026

Para J, mi punto fijo en medio de la tormenta.



CAPÍTULO *Uno*



DESPUÉS

LOS BARCOS APARECÍAN en el horizonte infinito.

No era algo fuera de lo común en las islas del Mar de Lyria, donde los vientos alisios y las corrientes veloces arrasaban innumerables embarcaciones. Barcos de guerra, barcos de comercio, barcos de tránsito, barcos sin rumbo alguno.

Barcos de todas las banderas... y de ninguna.

Catrine Rose observaba en silencio desde la orilla, con la mirada fija en el puerto de Archenport mientras despertaba. Miraba más allá de las pequeñas barcas y de los navíos más imponentes, con los ojos clavados en el arco de piedra que se alzaba sobre el agua, más allá de los muelles. El viento, las olas y el tiempo lo habían moldeado así: las rocas blancas, pulidas hasta quedar lisas, más antiguas que cualquier memoria viva. Hubo un tiempo en que el arco sostuvo la bandera negra, pero la marina meridiana la quemó al desembarcar. Ahora, en su lugar, colgaban sogas con nudos corredizos, y los cuerpos bastaban como estandarte. Su mirada se detuvo en la última cuerda, carcomida por la sal, el lazo deshecho, sin dejar rastro del hombre al que alguna vez sostuvo.

—Que el mar siempre cante para ti —susurró Cat, tan bajo que las olas suaves se tragaron sus palabras.

Pero la vieja despedida resonaba en su mente, dolorosamente familiar. Supuso que el mar era un destino mejor para un pirata: hundirse por fin bajo la superficie y escapar del ciclo abrasador del sol y la putrefacción. Era el lugar al que pertenecían sus huesos.

Sombras se deslizaban en el agua bajo los cuerpos, formas oscuras que se retorcían entre las olas. Cat sabía que no debía sospechar de fantasmas, sirenas ni de nada que estuviera más allá de la cruda y dura realidad del mundo.

Una aleta rompió la superficie, negra y brillante. Los tiburones giraban con lentitud, esperando que más cadáveres cayeran como fruta demasiado madura.

No tendrán que esperar mucho, pensó Cat, mirando los cinco cuerpos que aún colgaban del arco. Todos pasaban por las lentas etapas de la descomposición. Estaban irreconocibles, pero Cat veía sus rostros de todos modos. Los sentía grabados en su mente, marcados más hondo que una quemadura.

De alguna forma, los cadáveres parecieron devolverle la mirada, fulminándola sin ojos.

Cat se quedó ahí, permitiendo que los fantasmas observaran.

Había cosas peores en el mundo que los cadáveres.

Despacio, alzó la mirada, pasando junto a los muchos barcos anclados, recorriendo la bahía curva de Archenport, más allá de la península rocosa y del faro que marcaba el extremo occidental de la Isla Beacon. Cat entrecerró los ojos, protegiéndose de la luz, como si pudiera ver más allá del horizonte mismo, a través de las aguas turquesa que se desvanecían en un azul profundo como el zafiro.

Hubo un tiempo en que el Mar de Lyria le había parecido inmenso, con sus aguas insondables rodeadas de islas como piedras preciosas en un collar. Ahora el mar se encogía y ese collar se tensaba alrededor de su garganta, amenazando con ahorcarla junto con todos los demás.

Cat volvió a mirar el arco.

Las piedras blancas permanecían firmes, más antiguas que cualquier otra cosa en la isla. La curva solía cantar cuando el viento soplabla de cierta manera, como si el Lyria mismo llamara con una voz lejana. Pero el arco ya no cantaba, por más que el viento arreciara.

Cuánto pasado había contemplado. Cuánto futuro podría aún presenciar, Cat no lo sabía. Sólo una cosa era segura.

El horizonte, antes infinito, había sido conquistado.

El sol alcanzó su rostro, su contacto era cálido y dorado. Al menos algunas cosas nunca cambiaban. Mientras los cuerpos se consumían y los barcos ondeaban banderas distintas, el sol, el viento y la marea permanecían constantes. Por eso, Cat se sentía agradecida. Le gustaban las cosas predecibles, y ya casi nada lo era.

Con ademanes rápidos, agitó la mano y alzó el reloj de bolsillo de oro sujeto a su cinturón. La carátula estaba agrietada, pero el mecanismo seguía marcando el paso, con sus negras manecillas contando los minutos. El reloj se retrasaba, cada día más, si podía creerse en las campanas de la iglesia y los cañones del puerto. Pero no era la hora lo que le importaba a Cat, no en realidad. Sus ojos se detuvieron en la diminuta imagen pintada de una rosa, delicada en sus minúsculos detalles. Y el rojo de sus pétalos se iba difuminando hasta convertirse en un rosa pálido.

Cat se sentía igual: una flor marchita por el implacable avance del tiempo.

Cerró el reloj de golpe y giró sobre sus talones, dándoles la espalda a los cadáveres y al puerto con una energía implacable. No se detuvo a despedirse de los cuerpos. Esos hombres y mujeres no eran sus amigos, no en realidad.

Sólo fue un asunto de negocios, se dijo mientras se alejaba de la orilla. Supervivencia.

Mi cabeza o la de ellos.

Por encima del puerto, se desplegaba la ciudad de Archenport. La arena blanca y los muelles cedían paso a calles empedradas trazadas en líneas ordenadas. La capital recuperada era pequeña en comparación con las grandes ciudades del Continente, y aun así, la joya de las colonias meridianas.

El Fuerte Morden vigilaba todo, sombrío, encaramado en la cima de la colina. Era bajo y macizo, como su homónimo, quien fue el primer lord de aspecto batracio enviado a gobernar las colonias; sus muros de piedra caliza brillaban sobre el verde exuberante de las palmeras. Los cañones recorrían toda su extensión; la batería era una corona de hierro contra el sol que se elevaba en el cielo. Ahora las armas guardaban silencio, pero Cat recordaba la furia de Morden: el estruendo de los cañones como un trueno, el olor a pólvora y a sangre.

Archenport no era sino una ciudad empapada de recuerdos. Cada paso se sentía como caminar a través del tiempo mismo: los días marcados por piedra antigua y ladrillo nuevo, hierro gastado y madera fresca. Año tras año apilados unos sobre otros, como cerillas. Y aún más propensos a arder.

Hace cincuenta años no había ciudad alguna en la Isla Beacon. Ni siquiera una hilera de tiendas de lona sobre la arena ni una embarcación en las aguas poco profundas. Sólo una playa con forma de medialuna, las palmeras meciéndose y el arco de piedra, solitario, mirando el amanecer.

O eso dicen los libros de historia, pensó Cat, con una mueca en los labios.

Alguna vez creyó en lo que decían, pero ya no. Sin duda, los primeros exploradores meridianos encontraron algo más que arena vacía; ella los imaginaba incendiando aldeas y saqueando templos, sus barcos sembrando enfermedad y muerte a su paso. Era lo mismo en el resto del Mar de Lyria, donde las banderas de coronas extranjeras ondeaban en las costas conquistadas. En cada isla, excepto una.

Lo que los primeros invasores hallaron, y lo que después *arrebataron*, no dejó otro testimonio que el arco de piedra en el agua y un susurro en los árboles.

Así se plantó la bandera. El Imperio de Meridia levantó el fuerte, la pequeña iglesia impecable y el faro. Comerciantes, marineros, viajeros y todos aquellos que buscaban fortuna construyeron el resto.

Desde entonces, la ciudad isleña había resistido huracanes y asedios. Tratados y guerras. Piratas y reyes. Y ahora, con el regreso de la marina, había tantos marineros que no se podían contar, desde galantes oficiales hasta soldados de rostros curtidos y grumetes aguerridos.

Algunos dormían en sus barcos, atracados en los nuevos muelles o fondeados en la bahía; los imponentes navíos de guerra eran demasiado grandes para las aguas poco profundas. Unos cuantos en los barracones del fuerte. Pero la mayoría quedaba relegada a tiendas de lona en la playa y todos estorbaban siempre. Cat se desesperaba ante aquel asentamiento improvisado de hombres de la marina, que pulían sus botones nuevos y dormían en la arena. Los recién llegados, apenas iniciados en la vida del Mar de Lyria, lucían las peores quemaduras de sol y manchas de sudor. Otros tenían la

mirada vidriosa por el calor, o estaban en cuarentena al otro extremo de la playa, sucumbiendo ya a la enfermedad de la isla. Algunos aún llevaban uniformes de gala, sudando con obstinación dentro de sus rígidas levitas de lana. Cat sabía que pronto aprenderían a temer más al golpe de calor que al orgullo herido.

Ella los observaba al pasar, evaluando a los pocos oficiales y hombres de rango. Ninguno parecía prometedor: inútiles y poco interesantes. Malos clientes, en el mejor de los casos. Sin dinero, sin perspectivas, todos ingenuos y desesperados por hacer fortuna en el Mar de Lyria.

Ésa es una historia que conozco demasiado bien.

Había aún más marineros en la ciudad, junto con toda clase de mercaderes, sirvientes y artesanos por contrato que realizaban sus ajetreadas tareas matutinas. Como Cat, tenían que adaptarse al nuevo equilibrio en Archenport, sustituyendo a los piratas por la Marina. Era una transición precaria, si no es que mortal, pero el oro seguía siendo oro al final de todo. Mientras se compraran mercancías y se pagaran las cuentas, la vida continuaba. Así había sido bajo los piratas, y así volvería a ser bajo el Imperio.

Aunque con bastantes más horcas, pensó.

Los nuevos colonos miraban todo con ojos asombrados y la piel enrojecida por el sol, igual que los marineros en la playa. Cat apenas les prestaba atención. La mayoría regresaría al Continente entre gritos tras su primera temporada de tormentas.

Mientras caminaba, desmenuzaba un pan duro y esparcía migas; loros de un verde brillante chillaban a su paso, correteando sobre los adoquines. Los cuervos no se molestaban. Tenían más que suficiente, hartándose de los cuerpos que adornaban las calles.

La ciudad estaba peor que el puerto, con menos viento para llevarse el olor y más cadáveres abandonados a la putrefacción. Decenas de ellos colgaban por toda la ciudad, suspendidos como hojas de tabaco puestas a secar. A muchos los habían embadurnado con alquitrán y encerrado en jaulas de hierro para preservar los cuerpos el mayor tiempo posible. Era una visión macabra, imposible de ignorar.

Cat nombraba a los muertos que veía mientras avanzaba. Tantos nombres que se confundían entre sí. Tantos rostros que apenas podía distinguir un cráneo de otro.

No importaba; siempre terminaban fundiéndose en uno solo, en el único rostro que nunca podría olvidar. Un hombre que no colgaba con los demás. Un hombre con ojos del color de una tempestad y manos tan familiares como su propio nombre.

Y con una mueca feroz, como un relámpago que cruza un cielo huracanado.

Era mi cabeza o la de ellos, volvió a pensar; las palabras, como un escudo, como una explicación dirigida al hombre que no colgaba y que difícilmente querría escuchar ya sus excusas.

Mi cabeza o la de ellos.

Ella pasó junto a una sogas tras otra, un cuerpo tras otro, un rostro tras otro; cada uno era un recordatorio implacable de los días en los que vivía ahora. Y de los días que no volverían jamás.

Siempre iba a terminar así.

La república pirata había caído, y nadie podía escapar a la justicia del nuevo gobernador ni a la ley del rey. El Imperio de Meridia había regresado; sus islas habían sido recuperadas.

Había comenzado una nueva era.

Y Cat sólo podía resistirla, como había resistido todas las demás tormentas.



MIENTRAS QUE SU pequeña casa se encontraba en las afueras del pueblo, la taberna estaba en el centro, bien situada en la plaza Hargrove. Aunque ahora la mayoría la llamaba plaza de los Cuervos, gracias a la multitud de aves negras posadas sobre los tejados, los postes de las cercas e incluso en los gorros de los marineros que se quedaban demasiado quietos.

Cat respiró hondo, con gesto bien ensayado, al pisar Hargrove y contuvo una bocanada de aire lo bastante grande como para llevarla hasta el otro lado. Aun así, el olor empeoraba cada día y sus ojos se humedecieron mientras apresuraba el paso.

Como hacía cada mañana, Cat se dijo a sí misma que no miraría.

Y, como cada mañana, alzó la vista. Le parecía lo mínimo que podía hacer, un castigo que merecía y que soportaría siempre.

Por más familiar que se hubiera vuelto aquella visión, Cat no pudo evitar ahogar un grito contra su pañuelo, con el estómago revuelto de repulsión.

El cadáver la observaba cruzar la plaza, mirando sin ojos: Harry Morovant, capitán del *Seadragon*, el último y único viejo lord del Mar de Lyria. Para un hombre así, el gobernador Osprin exigió un final distinto, acorde con el vencido.

Cat recordaba con claridad los últimos momentos del capitán Morovant. Los bordes de aquel día aún sangraban en su memoria, como una herida que se niega a cerrar.

Osprin lo mantuvo con vida durante meses después de su gran derrota. El tiempo suficiente para que viera a sus hombres ser ejecutados, sus barcos arder, a sus capitanes compañeros ser perseguidos y asesinados.

El tiempo suficiente para que presenciara la ruina de la república pirata y de todo lo que él había intentado construir.

Toda la ciudad acudió a la ejecución, para contemplar al rey moribundo de un reino muerto. Cat vio el sobresalto de miedo en sus ojos oscuros como carbón, el rubor bajo sus mejillas curtidas por el sol, las nuevas vetas de gris en su barba, que antes era negra. Sin su sombrero emplumado ni su levita de terciopelo verde, parecía pequeño, irrelevante. Y perdido. Nada parecido al gran capitán que Cat había conocido.

Pero su orgullo permanecía, aferrándose todavía. Morovant no se quebró cuando tantas tripulaciones y capitanes fueron ahorcados, un cuello tras otro, día tras día. No se quebró cuando los hombres del gobernador lo sometieron a los tornos para arrancarle información sobre la dispersa armada pirata. No se quebró cuando los casacas azules de Meridia lo hicieron marchar por la ciudad bajo la amenaza de las armas. No se quebró cuando le ataron brazos y piernas, sujetando cada extremidad a un caballo.

Pero sí se quebró cuando las bestias lo desmembraron.

Ojalá ahí hubiera terminado todo, pensó Cat al pasar junto al cadáver.

Fue una forma cruel de morir, pero aún más cruel de pudrirse.

El gobernador Osprin había mandado clavar al lord pirata a un poste en la plaza, con las extremidades cosidas de nuevo en su lugar. Ahora Morovant parecía una muñeca rota, remendada a toda prisa por una madre descuidada, y cada día resultaba más espantoso.

Un niño flaco, de mirada desquiciada, estaba sentado junto al cuerpo, eternamente encaramado en su pequeño banco. Sostenía un palo nudoso para ahuyentar a los pájaros.

Ésa también había sido una orden del gobernador Osprin. Morovant no era digno ni siquiera de los cuervos.

Desde luego, Cat deseaba que sí lo hubiera sido, aunque fuera tan sólo para acelerar la descomposición y concederle por fin algún descanso. Deseaba que los tiburones estuvieran en el puerto, que una ola cruel se alzara y reclamara el cuerpo de Morovant para que pudiera reposar en el mar que tanto había amado. Al menos eso se merecía. Todos lo merecían.

Luchó por contener las náuseas habituales, tanto por el olor como por la culpa. Una de las dos cosas era mucho más fácil de soportar. Pasó deprisa, dejando al niño su pan de costumbre. Él le dedicó una mirada amarga, el mejor agradecimiento que podía ofrecer, antes de volver a su labor maldita.

Cat se sentía igual. *Maldita.*

En el poste, Morovant estaba desplomado. Su mandíbula se había desprendido y yacía abandonada en su regazo. Era una imagen extraña, un mosaico de encías vacías: sus dientes de oro y marfil ya habían sido robados. Cat supuso que estarían en el bolsillo de algún oficial de la marina, de sus esposas o de alguna de las pocas prostitutas que quedaban en la isla.

Era su cabeza o la mía, pensó una vez más al llegar a su taberna.

Pero Cat se detuvo en el umbral, obligándose a lanzar una mirada por encima del hombro.

El capitán Morovant seguía clavándole la mirada desde el poste, con ese tipo de acusación que sólo un cadáver puede sostener. Como siempre, ella enfrentó su acusación, incapaz de desviar la mirada. Aceptó el castigo que tan bien merecía.

Sobre su cabeza, un letrero de madera se balanceaba, pintado con la imagen de una rosa color rojo sangre.



EL SOL SE ponía en tonos escarlata a través de los cristales ondulados de las ventanas, lanzando un destello de luz por el interior de la taberna en penumbras. Les daba un color rojizo al suelo de tablones y a las paredes entabladas, haciendo que la madera de pino brillara desde dentro. Un reloj hacía tic-tac en una esquina, lo único que marcaba el paso del tiempo, además de las sombras cada vez más alargadas. El Widow Rose permanecía en silencio, con sólo dos clientes acurrucados en su lugar de siempre.

El señor Pine y el señor Dorian estaban desplomados sobre la larga barra; el resto de los bancos y las mesas permanecían vacíos. Ambos eran marineros, aunque no habían puesto pie en un barco en años. Hombres pobres, pero buenos clientes. Parpadeaban torpemente entre ellos, comunicándose sólo con la mirada.

Detrás de la barra, la señora Moseley estaba apoyada en los armarios. Como los hombres, la tabernera parecía medio dormida, con los párpados pesados y el cabello gris encrespado por la humedad. El brillo habitual del sudor relucía en su frente, la misma corona que todos llevaban en una isla tropical. Se secaba la frente con pequeños toques; el pañuelo blanco aleteaba como si fuera el ala de un ave.

En el rincón del fondo, Cat se sobresaltó con el movimiento y despertó de su sopor de calor y desaliento. El reloj de bolsillo yacía abierto a su lado, latiendo con suavidad, la rosa desteñida le hacía compañía. Una sola vela ardía sobre la mesa frente a ella, proyectando apenas la luz suficiente para beber, y mucho menos para revisar sus cuentas. Entre cerró los ojos para examinar el libro de contabilidad abierto,

deslizando la pluma por una columna de números que disminuían drásticamente.

La verdad, oscura como la tinta, resultaba difícil de asimilar. Pero los asientos vacíos alrededor de la taberna lo eran aún más.

Hubo un tiempo en que no quedaba una sola silla vacía: cada asiento ocupado, el salón a reventar de clientes a cualquier hora, todos los cuartos llenos y el libro de cuentas de Cat reventando con líneas de crédito. Llegaba gente de toda clase en busca de ron o de buena compañía. Marineros, comerciantes, artesanos, viajeros. Viejos con nudillos deformados y grumetes. Pescaderas que bebían sus copas de jerez. Nuevos colonos entusiastas, con los ojos brillantes y la piel con quemaduras por el sol aún más intensas. Contrabandistas, saqueadores de naufragios. Y piratas, claro, aunque la mayoría lo era a su manera, en el mar o lejos de él.

Cat y la señora Moseley trabajaban noches enteras, apenas con tiempo para sentarse, mucho menos para pensar. Ahora, en cambio, lo único que Cat tenía eran pensamientos, cada uno peor que el anterior, galopando por su mente como un caballo enloquecido desgarrando a un hombre.

Apretó los dientes, tachó una última cifra y dejó la pluma.

—Creo que por hoy hemos terminado —murmuró Cat, cerrando su libro de cuentas con un golpe seco que rompió el silencio.

Moseley alzó una ceja, pero no discutió. La tabernera sabía que no debía cuestionar a su patrona, aunque eso implicara cerrar la taberna antes de que el sol se hundiera en el mar.

—Dentro de poco, Morovant será polvo, y los marineros volverán a entrar armando escándalo —respondió Moseley. Era más fácil culpar al cadáver que al hombre que lo había

puesto ahí, y a la marina que había ahuyentado a sus mejores clientes.

—De tus labios a los oídos de los dioses —murmuró Cat, poniendo los ojos en blanco mientras se levantaba.

Moseley soltó una risa; su larga trenza gris se balanceaba mientras recogía las jarras vacías de sus únicos clientes. Ni Dorian ni Pine parecieron notarlo.

—Será mejor que ponga algo de distancia entre nosotras —dijo la tabernera. Se tocó la clavícula e hizo un gesto sagrado para ahuyentar la mala suerte—. No vaya a ser que los dioses descarguen su castigo a través de la incrédula.

Una media sonrisa asomó en los labios de Cat.

—Tal vez últimamente he decidido tener un poco de fe.

—¡Ja! —soltó Moseley—. En lo único que usted tiene fe es en el buen dinero.

—Algunos dirían que el oro es un dios por sí mismo —respondió Cat, sonriendo.

Con pasos rápidos, se acercó a los dos viejos marineros. Ninguno se movió.

—Como siempre, gracias por su preferencia, señor Pine, señor Dorian —dijo en voz alta, sacándolos de su estupor.

Los dos se sobresaltaron al mismo tiempo, debilitados por la edad y el alcohol. Al menos el señor Pine tuvo el juicio suficiente para asentir en agradecimiento y dejar una última moneda.

—Que el mar siempre cante para usted —replicó con voz áspera.

El mar ya no canta, señor Pine, quiso responder ella, pero no dijo nada y los observó salir arrastrando los pies.

Cuando la puerta se cerró de golpe y agitó el aire, Cat deslizó la moneda sobre la barra de madera.

—De mi dios al tuyo —dijo Cat.

Moseley sonrió y guardó la moneda en la manga, dejando al descubierto las cuentas de oración entretreídas alrededor de su brazo pecoso.

Cat conocía lo suficiente sus símbolos, pero ya poco le importaba la Iglesia de Meridia. En el Mar de Lyria no había dioses que ella reconociera. Al menos, ninguno mayor que el viento del huracán, el sol abrasador o una marea implacable.

En cuanto a sus propias cuentas de oración, se habían perdido hacía mucho tiempo. *Hechas añicos o arrebatadas*, pensó, recordando una piedra turquesa y una mano callosa dentro de su bolsillo. Esa misma piedra, engarzada en una cadena de oro, colgando de un cuello largo, azul brillante contra la piel bronceada y un tatuaje negro.

Cat se estremeció ante la punzada del recuerdo y apartó la mirada para no enfrentar el dolor.

Detrás de la barra, un espejo empañado devolvía la imagen de unas cuantas velas y del sol que se extinguía. Y también la de Cat, desvaneciéndose igual que la luz.

Los últimos meses habían apagado el color de su rostro. Su piel, antes pálida y luego dorada por los años en el Mar de Lyria, había adquirido un tono opaco. Sus ojos estaban ensombrecidos; el ámbar brillante se había vuelto apagado y pesado. Incluso su cabello, de un castaño dorado que antes relucía como una moneda recién acuñada, había perdido su brillo.

Es sólo la luz, se dijo antes de volver a mirar la estancia.

—Moseley, déjame ayudar...

Pero sus palabras se diluyeron. No había nada en qué ayudar.

—Ya he terminado —respondió la tabernera, forzando una sonrisa mientras levantaba las jarras—. Como le he dicho, pronto las cosas van a cambiar.

—¿Y si no cambian?

—Entonces, usted las cambiará —la sonrisa de la anciana se volvió más afilada—. Siempre encuentra la forma de cambiar el viento a su favor.

—Así es —murmuró Cat, pues mucho había cambiado en su vida y todavía más seguía cambiando.

Moseley salió de detrás de la barra. Era más alta que Cat, de hombros anchos, fuerte como un buey pese a su edad. A su lado, Cat se sentía pequeña, frágil, aunque no muchas cosas habían logrado quebrarla.

—Supongo que, si tiene que hacerlo, se despedirá del Widow Rose —dijo Moseley, guiando a su señora hacia la puerta—. Siempre fue su plan, milady. ¿Verdad?

Cat no se molestó en mentir. El corazón le retumbó, haciéndola dudar por un instante. Observó a la tabernera, y leyó en ella los años con la misma atención con la que leía la ciudad o la taberna. Recordó el día en que se conocieron, en otra isla, en otra vida completamente distinta.

Milady. El título le pesaba como un abrigo viejo, demasiado estrecho y abandonado tiempo atrás.

—Hace años que no me llamabas así —dijo por fin Cat, escogiendo sus palabras con cuidado.

Moseley inclinó la cabeza, con un destello en la mirada.

—Hace años que no *es* una dama —respondió, con una sonrisa sarcástica.

Una risa le brotó de la garganta a Cat, y por un segundo olvidó por completo la taberna vacía, los cuerpos afuera y los últimos seis meses.

—En eso, estamos de acuerdo.

CAPÍTULO *Dos*



ANTES

POR MÁS QUE lo detestara, lady Catrine Rose se descubría agradecida con aquel peligroso océano.

Las olas eran aterradoras, pero mantenían a su esposo enfermo a todas horas, demasiado ocupado vaciando el estómago como para ocuparse de su joven esposa. Lord Rose no la había tocado desde su última noche en el Continente, lo que le dio varias largas semanas de paz. A pesar de todas las incomodidades del viaje, temía el día en que alcanzaran las aguas más tranquilas del Mar de Lyria.

Con diecinueve años y sin experiencia, Cat no había imaginado que el matrimonio sería así. Pero resultó ser una jaula más cruel que la vida que había dejado atrás, atada a un esposo indolente en lugar de a una madre indolente.

Era lord Rose, señor de la propiedad al otro lado del lago, de manos suaves y sonrisa aún más suave. Tantas muchachas entre las que elegir, y me eligió a mí, pensó, con ese recuerdo amargo en la boca. Cómo desearía poder volver atrás en el tiempo, tomar a la joven novia por el cuello y arrancarla a gritos del altar.

Pero ¿cómo iba a saberlo?

Una chaqueta de seda remendada en lugar de reemplazada. Habitaciones polvorientas en la Mansión Rose, cerradas mucho antes de la temporada. Cada día menos sirvientes. Acreedores a la puerta del lord. Ningún familiar en la ceremonia de la boda. Y cartas, tantas cartas, todas desestimadas por esas manos suaves y blancas.

Hasta que lord Ryman Rose ya no pudo ignorarlas más. Hasta que trajeron los carruajes, prepararon los baúles y vendieron la propiedad, apenas unas semanas después de que Catrine se convirtiera en señora de la casa. Para entonces, la tinta ya se había secado en el acta de matrimonio y en la escritura de venta. Para entonces, ya había cambiado su velo por grilletes, y las colinas verdes y ondulantes del campo de Meridia por las agitadas olas azules del océano.

Por gracia de los dioses de Meridia, lord Rose disponía de un camarote aparte y ella se libraba de lo peor de su mareo, tanto sobre cubierta como bajo ella. Aunque era su esposa, no le correspondía atender a un marido enfermo. Aún contaban con sirvientes para esas tareas, y cada uno ganaba su salario con creces ayudando a lord Rose a vomitar en una cubeta o por la borda del barco.

Y cuando no está vomitando, está desvariando, pensó Cat, recordando cómo su voz sacudía los muros de la Mansión Rose. Procuró no imaginar ni a su esposo —con el rostro tan enrojecido como su propio nombre— ni la elegante casa en el campo con las ventanas cerradas y todo embalado. Apenas conocía ese lugar y, aun así, lo sentía como una pérdida.

Pero no tenía sentido pensar en todo lo que quedaba atrás, cada día más distante. Era mejor ocupar el tiempo preparándose para lo que vendría. O eso se decía a sí misma, al

tomar su libro sobre el Mar de Lyria y sostenerlo cerca, en la penumbra de su pequeño camarote.

Su dedo descansaba sobre la página manchada, marcando su lugar entre el bloque de texto oscuro. Aun así, las palabras se desdibujaban. Ciudades esperinas, colonias meridianas, comerciantes de Itzima en el lejano sur, islas agrícolas gobernadas por reyes terratenientes. Las potencias continentales parecían haber devorado por completo el Mar de Lyria, salvo por una isla.

Arcayo.

El nombre desconocido destacaba con nitidez, firme sobre el vaivén de la tinta.

Una nación soberana, no sujeta a ninguna potencia continental. Los arcayos no veneran a la Iglesia verdadera, ni a dios alguno, sino al propio Mar de Lyria, bajo una creencia llamada el Canto...

La cubierta se mecía bajo sus pies, más suavemente que en todo el día, y Cat cerró el libro de golpe. Su pulso se agitó. Sabía lo que significaban las aguas en calma, y a quién beneficiaban.

Con rapidez, se deslizó fuera de su estrecha litera, apoyando los pies al ritmo del barco, y se echó por encima un chal grueso al salir. Era primavera, pero el viento seguía frío sobre el océano, y el aire, húmedo y cortante.

Como era de esperar, lord Ryman Rose ya venía deslizándose escaleras abajo desde la cubierta. Apoyó una mano contra la pared, y sus ojos enrojecidos la encontraron en la penumbra. Sin sus pelucas empolvadas ni sus casacas de brocado, lord Rose parecía casi un muchacho, aunque le llevaba a Cat veinte años. Su cabello rubio sucio caía en mechones sueltos alrededor del rostro, liberado del nudo que lo sostenía. No lograba que le creciera la barba, y ningún polvo

conseguía disimular el tono cetrino de su piel, amarillenta tras semanas de náusea.

El señor Greer, uno de los pocos sirvientes que aún les quedaban, venía detrás con un balde en la mano.

—¿Y a dónde crees que vas? —exigió Ryman, salpicando el aire con su aliento.

Cat se pegó a la pared, intentando hacerse pequeña en el pasillo estrecho. Bajó la mirada e hizo una reverencia como pudo, mientras el barco se mecía.

—Milord —dijo, con esa voz suave que había aprendido a dominar. A mil kilómetros de distancia, su institutriz habría estado orgullosa—. Pensaba subir a tomar un poco de aire en la cubierta. ¿No te gustaría acompañarme arriba?

Ryman se estremeció, asqueado ante la idea. Pero luego sus ojos vacilaron entre la puerta de su camarote y la de ella, claramente sopesando sus opciones. Cat apretó los puños, ocultos entre los pliegues de su falda, y sus cuentas de oración se deslizaron entre sus dedos. En silencio, deseó que su esposo eligiera dormir y no la llamara para cumplir con sus deberes de esposa.

—Milord, el capitán dijo que tendríamos apenas una hora, más o menos, de aguas tranquilas —intervino el señor Greer. Le lanzó a Cat una mirada cargada de intención a espaldas de su marido.

El labio de Ryman se torció, y Cat se preparó. Tal vez había calculado mal, y su apetito por su cuerpo por fin superaba su necesidad de descanso. Tal vez habría sido mejor fingir un desmayo tras una puerta cerrada con llave, aunque eso de poco habría servido si su señoría se encontraba decidido.

Lord Rose dio otro paso tambaleante. A pesar de las largas semanas desde la última vez que habían pisado tierra firme, nunca parecía acostumbrarse al vaivén del mar.

—Muy cierto, debo descansar y recuperar fuerzas —proclamó él con grandilocuencia, como si no estuviera luchando por mantenerse en pie.

Cat exhaló despacio, aliviada, y le lanzó a Greer una rápida mirada de agradecimiento.

—Habrá mucho que hacer cuando llegemos a la Isla Rosby. ¡No es poca cosa construir un imperio! —ladró Ryman, forcejeando para abrir la puerta de su camarote—. Asumo esta gran empresa por todos nosotros. Yo cargaré con este peso.

Cat deseó tener un abanico para ocultar el rostro. En cambio, se mordió el labio para no soltar una carcajada. Su marido era emperador de poco más que unos cuantos baúles de ropa y un título antiguo sin valor, heredero de un imperio de especias ya extinguido, rey de una isla que nadie más quería. No había nada que él construyera que no fuera arrasado de inmediato.

—Estamos agradecidos, milord —logró decir Cat.

El lord, consumido por su propia importancia, le dedicó una inclinación profunda de cabeza —de esas condescendientes que la hacían estremecer—, y luego la despidió con un gesto de la mano, la palma blanca y blanda como la nieve.

—Ten cuidado —le dijo—. Estos marineros mercantes apenas son mejores que piratas. No se comportan como corresponde frente a una dama de tu posición.

Mi posición.

Esta vez, una risa sí escapó de la boca de Cat. Por fortuna, el portazo del camarote de su esposo ahogó la risa.

Mi posición, pensó de nuevo, mientras subía las escaleras hacia la luz que se desvanecía. *¿Qué posición? ¿Existe una palabra para nombrar cuán bajo he caído?*

Tampoco es que haya partido de muy arriba, pensó, al considerar los breves años que había conocido entre la infancia y la jaula del matrimonio. Era una entre seis hijas, todas mujeres de una casa en ruinas, todas buscando una forma de sobrevivir.

Llegó a la cubierta principal y el olor salobre del agua de mar le golpeó la nariz.

A pesar de las reservas de su esposo, nadie en el *Credence* se ocupaba de lady Rose; estaban demasiado concentrados en su trabajo. Arriba, los vientos alisios inflaban las velas, empujando el galeón a través del Océano Aviter. Incluso con el duro oleaje, el *Credence* avanzaba a buen ritmo. Habían zarpado con suficiente retraso para evitar las tormentas invernales del norte y llegarían demasiado temprano para la temporada de huracanes en el Mar de Lyria. O eso decía el capitán Meedy. Pero Cat ya sabía que no debía confiar en la palabra de un hombre.

Se acercó a la borda e inhaló hondo para expulsar de sus pulmones el aire viciado del camarote.

El horizonte parecía no tener fin bajo el sol de la tarde y Cat lo contempló como si pudiera ver más allá del borde del mundo.

No había nada más que un azul frío en todas direcciones, ni rastro de las islas hacia las que navegaban. Pero los libros de Cat eran lo bastante claros: cada mapa mostraba lo mismo: el Mar de Lyria se extendía por delante, una franja turquesa entre el Océano Aviter y el Continente del Sur. Las islas eran una escala natural para todos los barcos que cruzaban entre el norte y el sur, donde las banderas del Imperio de Meridia, de Esperin, de Itzima y cualquier otra potencia se encontraban en busca de comercio, de guerra o de gloria. Al servicio de una corona, de la ambición... o de ambas.

Cat sabía cuál de esas cosas buscaba su esposo, después de haber encontrado la ruina en su casa.

Alzó el rostro al viento, con las cuentas de oración apretadas en el puño. Aún les quedaban kilómetros por recorrer, aunque cada día eran menos. Sola junto a la borda, rezó. Pero no por guía, ni por paciencia, ni por suerte. Ahora pedía que el viento cesara, que las corrientes bajo el barco perdieran su fuerza, que el sol detuviera su descenso.

Que el tiempo mismo se detuviera.

Pero el viento soplaba y las olas seguían su curso.

Ningún dios respondió, todos tan silenciosos como sus innumerables estatuas en sus innumerables iglesias. Cat apretó con más fuerza las cuentas de oración, deseando que se rompieran. Deseando poder arrojarlas al agua, y quizás arrojarse ella también.

En lugar de eso, observó cómo el sol descendía cada vez más, cómo su rostro dorado se tornaba rojo al hundirse bajo las olas. Sólo cuando el último rastro de luz se tiñó de verde, filtrándose a través del mar azul, Cat se dio media vuelta.

Otro día perdido, otro minuto que se iba.

El *Credence* era una jaula, pero había peores prisiones aguardando.



ESCUCHÓ A LAS gaviotas antes de abrir los ojos.

Cat no había oído aves desde que dejaron la costa de Meridia, dos meses atrás. El corazón se le contrajo y un frío relámpago de desesperación le recorrió la espalda. Una parte de ella quería deslizarse en el hueco entre su litera y la pared del

camarote, desaparecer en la oscuridad junto al polvo y la podredumbre.

Tal vez pueda disfrazarme de un grumete especialmente alto y su señoría olvidará que alguna vez existí.

Fue sólo una ocurrencia pasajera y, además, inútil. No tenía ningún deseo de ser grumete, sin importar las circunstancias.

En cambio, se obligó a levantarse y ponerse su último vestido limpio, de una tela de algodón rígida color marfil con flores ámbar. Cat sabía que combinaba con sus ojos, aunque llevaba semanas sin verse el rostro. *Probablemente sea lo mejor*, pensó, sintiendo la suciedad en la piel y los nudos en el cabello. A pesar de sus esfuerzos, el mar le cobraba su precio a lady Rose.

Y a lord Rose también.

El *Credence* había alcanzado los límites exteriores del Mar de Lyria algunos días atrás, y el océano embravecido había dado paso a aguas más tranquilas. Con ello, su esposo había regresado a su camarote, con todo lo que eso implicaba.

Apartó de una patada los pantalones de su marido, que todavía estaban arrugados en el suelo tras su visita nocturna. Por un segundo, consideró arrojarlos por la borda, pero eso sólo metería en problemas a los sirvientes. En cambio, dobló la prenda con cuidado sobre un brazo y la llevó al camarote vacío de lord Rose. Él estaba en cubierta, junto con el resto del barco, tripulación y pasajeros por igual.

Mientras dejaba los pantalones sobre la estrecha litera, Cat pensó otra vez en disfrazarse, de maneras imposibles. No como un grumete, sino como una sirena o un canto marino. Un calamar gigante. Un caballo de agua. Un espíritu sobre las olas, una tormenta con rostro humano. Algo terrible y ajeno a este mundo, fuera del alcance de los hombres. Algo

que pudiera saltar por la borda y desaparecer con la marea, hacia cualquier rincón del mundo que deseara.

¿Y dónde sería eso?, se preguntó Cat.

No tenía respuesta porque no había a dónde más ir.

Con un suspiro, Cat se obligó a salir del camarote.

El amanecer se abrió suave y rosado sobre el *Credence*, dándole brillo a cada rostro curtido y fatigado de quienes estaban en cubierta. Cat se deslizó entre la tripulación y los pasajeros, avanzando con cuidado al pasar junto a su señoría y su séquito. Los Rose no eran los únicos colonos meridianos que hacían la travesía, aunque el resto dormía en hamacas en los camarotes de la tripulación. Por lo menos, el título de su esposo y las pocas monedas que les quedaban habían alcanzado para pagar los camarotes.

Cat mantuvo la distancia, y encontró un lugar junto al barandal lo más lejos posible de Ryman. Terminó en el castillo de proa, casi a la altura de la doncella tallada que adornaba la proa del barco. *Una sirena*, observó Cat, envidiando las líneas fluidas de su cola de pez. La hermosa figura sostenía en alto un farol real, guiando su rumbo hacia el frente. Cat deseó hacerlo pedazos y desviarlos de su curso.

Las islas comenzaron a tomar forma en el horizonte, emergiendo de la bruma donde el mar se encontraba con el cielo. Apretó con más fuerza el barandal, clavando las uñas en la madera recién fregada. Incluso a la distancia, podía ver los picos dentados que formaban la columna verde de las islas, como un dragón que se alza desde las olas. Las nubes se aferraban en lo alto, densas y cargadas de lluvia.

De nuevo, Cat pensó en saltar del barco y adoptar la forma que su espíritu quisiera, para ir a donde el viento la llevara.

Una voz gritó desde la cofa, elevándose por encima del murmullo.

—¡Tierra a la vista! —clamó el marinero, señalando el horizonte—. ¡Ahí está Goldcoast!

Isla Goldcoast, una de las colonias meridianas. Pero no es nuestro destino.

Un marinero cercano lanzó una soga pesada por la borda, que resonó con un chapoteo. La cuerda se desenrolló a gran velocidad mientras se hundía entre las olas.

—¡Diez brazas! —gritó al cabo de un momento, proclamando la profundidad.

Era la primera vez que la soga tocaba fondo desde que habían dejado la costa de Meridia, y el corazón de Cat se hundió como el peso. No faltaba mucho para que alcanzaran su destino.

Y su futuro.

Miró hacia el noreste, a la silueta dentada de otra isla, mucho más grande y montañosa. *Próspera*, pensó, intentando recordar sus libros y los mapas que contenían. *Ligada al Reino de Esperin*.

—No deberíamos estar tan cerca de aguas enemigas —dijo alguien.

Cat miró por encima del hombro y vio a su doncella, Sara, fulminando con la mirada las islas. Tenía un rostro severo, acentuado aún más por su firme moño de cabello negro.

—El capitán Meedy sabe lo que hace —murmuró Cat, con la esperanza de tranquilizarla—. No hay de qué preocuparse.

Pero, en sus adentros, Cat también estaba inquieta. De algún modo, los mapas de sus libros hacían que las islas de Lyria parecieran más distantes entre sí. En la realidad, Goldcoast y Próspera se veían lo bastante cercanas como para alcanzarse

con facilidad; algo todavía más alarmante dado el estado de guerra entre sus coronas.

—Me alegrará volver a pisar tierra firme —dijo Sara, sacudiendo la cabeza—. Incluso en estas islas olvidadas por los dioses.

Antes de que Cat pudiera responder, una voz cruzó la cubierta. Se estremeció al reconocer la de su esposo.

—Mi querida esposa, acompáñanos, ¿quieres? —dijo lord Rose, con un gesto.

Como esposa obediente que era, Cat accedió, dejando la proa para reunirse con lord Rose junto a la borda de estribor. Él tenía una mano apoyada sobre el hombro de un marinero desconcertado.

Cat hizo una reverencia a ambos.

Lord Rose sonrió, mostrando una dentadura dispareja.

—El señor Bridger me está hablando de nuestra isla y del futuro próspero que podríamos disfrutar aquí, en las colonias.

El señor Bridger le dirigió una mirada confundida.

—Milady, yo sólo he dicho que si trabajan duro y ponen su sal en Lyria, ella lo devuelve diez veces más.

—¿Sal? —lord Rose alzó una ceja.

—Se refiere al sudor, milord —aclaró Cat con cortesía, preguntándose cómo un hombre como su esposo lograba siquiera ponerse los zapatos. Pero mantuvo la sonrisa para el desconcertado marinero—. Sin duda, haremos todo lo posible por prosperar aquí, señor Bridger. Me entusiasma conocer la Isla Rosby.

Su esposo hinchó el pecho bajo su abrigo, con el rostro enrojecido de orgullo.

—Tierras fértiles, una finca rural capaz de rivalizar con las grandes casas del Continente. El propio rey otorgó Rosby a mi

señor tío por sus servicios en las Guerras Anticlenas, y a su muerte la heredé yo —hizo un leve ademán de saludo, y Cat ocultó una mueca con su manga. Su esposo no había servido ni un sólo día en la marina, en el ejército o en ningún grupo más organizado que una partida de caza—. Aquí prosperar será cosa sencilla, no tiene nada de complicado. No sé por qué no me dediqué a esto desde hace años.

Porque hace años no estabas en la ruina, pensó Cat, mordiéndose la lengua. Ella deseaba con toda el alma que él se hubiera ido a las colonias desde entonces, así habría desaparecido de Meridia mucho antes de que ella alcanzara la edad adulta. *En lugar de eso, caí limpiamente en su trampa.*

Ya era bastante doloroso ver a Ryman soltar sus tonterías y gastar dinero sin medida. Pero saber lo atada que estaba ella a su caída...

Ryman Rose era un ancla que la arrastraba hacia el fondo para siempre.

Él siguió murmurando sobre agricultura y comercio, dos asuntos de los que lord Rose entendía muy poco. El marinero permanecía a un lado, asintiendo con diligencia, con el rostro tenso en una mueca cortés. Cat supuso que ya había escuchado cosas semejantes de otros señores ilusos, con ambiciones elevadas y bolsillos vacíos.

—Lástima que no haya esclavitud. Podría obtener buenas ganancias con unos cuantos intercambios —añadió Ryman.

Ni siquiera Cat logró dominar la expresión de su rostro ante palabras tan desagradables; hizo una mueca y retrocedió. El rostro del señor Bridger también se agrió y se soltó del lord con un giro brusco. Incluso se atrevió a alzar un dedo en su dirección.

—La esclavitud es cosa del diablo, señor —dijo con dureza y las mejillas encendidas—. Sin duda, un buen hombre de Meridia como usted lo sabe.

El rostro de Ryman se sonrojó en respuesta, y Cat disfrutó verlo retorcerse. El Imperio de Meridia había abolido la esclavitud casi medio siglo atrás, al igual que los esperinos. El comercio de carne humana estaba expresamente prohibido, mal visto en la mayoría de los círculos respetables de la sociedad. O, al menos, fingían desaprobarlo; hombres codiciosos como Ryman lamentaban la riqueza perdida, sin importar cuántas almas se hubieran salvado.

—Por supuesto, por supuesto, sólo hablo... desde el punto de vista de las ganancias, nada más —murmuró el lord—. Tendré que considerar contratar sirvientes.

Como si pudieras pagarlos, pensó Cat. A los sirvientes por contrato había que pagarles y fijarles un tiempo de servicio determinado.

El señor Bridger soltó una mueca de desprecio y se alejó con paso firme, dejando a Ryman ruborizado tras de sí.

—Demasiado sensible para ser marinero —gruñó—. Y un necio. Aquí hay dinero que ganar, y no hay suficiente mano de obra para hacerlo.

Cat se mordió el interior de la mejilla.

—La esclavitud ha sido abolida por la Iglesia y la Corona, milord. Él no hace más que ser fiel a ambas.

Ante eso, el rubor de Ryman se intensificó, con sus mejillas del mismo escarlata que su nombre.

—¿Y yo no? —gruñó él, y bajó la voz de un modo peligroso—. No quise decir...

—¡Vela a la vista! —gritó el vigía, con un tono áspero. Señalaba hacia el mar, no en dirección a las islas sino hacia el

otro lado, más allá de la popa del *Credence*. Todos los rostros se volvieron en la misma dirección, entornando los ojos hacia el horizonte.

En efecto, una vela apareció al noroeste, una mancha blanca que crecía con rapidez en tamaño y velocidad.

Cat no tenía idea de qué podía ser. Pero la tripulación se movió como un solo cuerpo, bien entrenada en su oficio. Para su sorpresa, media docena desapareció bajo cubierta. La garganta se le cerró.

Los cañones están abajo.

Los ojos de Cat recorrieron a los marineros a su alrededor, buscando un sombrero de tres picos y una figura rolliza.

Lord Rose lo encontró primero, avanzando con prisa por la cubierta.

—Capitán Meedy, ¿qué significa esto? —preguntó Cat, extendiendo la mano hacia el brazo del hombre.

Pero el capitán apartó a lord Rose como si fuera una mosca. En lugar de responder, levantó un catalejo y lo dirigió hacia la nave que se acercaba.

—¿Qué bandera, señor? —preguntó el primer oficial, con las manos firmes en el timón.

Detrás de Cat, Sara gimió y se llevó las manos al rostro.

—Lo sabía: navegamos demasiado cerca de la isla esperina. Será la cruz verde en su bandera —dijo—. Estamos perdidos.

Vagamente, Cat se preguntaba cómo sería caer prisionera de marineros esperinos. Esperin estaba en guerra con el Imperio de Meridia, y sus naves de guerra eran famosas por su brutalidad... pero Cat era una dama. Seguramente podrían pedir un rescate a su familia por una suma no muy alta, aunque eso significara dejar a lord Rose atrás, encadenado. O colgado.

Apretó sus cuentas de oración y se atrevió a tener esperanza.

—Ése no es un barco de Esperin —gritó el vigía por encima de ellos, con el catalejo en alto—. Veo la bandera negra.

Meedy soltó una maldición, y una corriente de miedo estremeció la cubierta.

—*Piratas* —espetó el capitán.

—*Piratas* —repitió Cat, casi en un susurro.

Toda fantasía de cautiverio se hizo añicos. En su lugar, Cat se vio a sí misma hundida en el fondo del mar, pero no antes de haber sido sometida por una nave de forajidos. Sus manos se entumecieron; su cuerpo temblaba.

Lord Rose balbuceó, incrédulo.

—¿De verdad se atreverían a atacar un barco del Imperio de Meridia y enfrentarse a la ira de la marina?

—La marina está en gran medida ocupada defendiendo las aguas del Continente, milord —respondió Meedy con desdén—. Los piratas de Lyria temen pocas cosas, y menos que nada a su imperio.

—Ay —dijo lord Rose con voz ahogada. Su rostro amarillento palideció y luego echó a correr y empujó a Cat a un lado para ponerse a salvo bajo cubierta.

Ella logró sostenerse antes de chocar con la borda, poco sorprendida por la cobardía de su esposo. El señor Bridger tuvo la amabilidad de sujetarla por el codo; su rubicundo rostro estaba arrugado de preocupación.

—Usted debería hacer lo mismo, señora —le dijo—. Atrincherarse abajo.

Sara no perdió tiempo en desaparecer, pero Cat se quedó dudosa junto a la borda. Miró con dureza más allá del señor Bridger, al capitán Meedy, que estaba a unos cuantos pasos.

Su tripulación se movía como un relámpago por la cubierta y trepaba por el aparejo, obedeciendo órdenes que Meedy no necesitaba dar.

Pero, en lugar de sacar los remos, estaban concentrados en las velas y el timón.

El corazón de Cat se desplomó al comprender lo que sucedía: estaban virando contra el viento, haciendo que el barco se detuviera.

El *Credence* no tenía intención de huir.

—¿Capitán? —casi gritó Cat—. ¿No podemos dirigirnos a la costa?

Meedy le lanzó una mirada condescendiente, como si fuera una vaca torpe dentro de un corral. Cat pensó que tal vez no estaba tan lejos de la verdad.

—Eso es Goldcoast —dijo él, señalando la isla más pequeña.

Cat sintió que la indignación le subía al rostro.

—Lo sé, señor. Sin duda, una colonia de la Corona nos daría refugio...

—La Corona abandonó la colonia hace seis meses, lady Rose —replicó Meedy, con su paciencia deshilachándosele como una cuerda—. Está demasiado cerca de Próspera y no vale la pena defenderla. Aun si lográramos llegar a la costa, no encontraríamos más que selva o campamentos de contrabandistas, y los piratas nos cazarían hasta las montañas. Eso si los bandidos de tierra firme no nos cazaran antes —con el dedo trazó los picos verdes de la isla mayor—. Si navegamos hacia Próspera, más me valdría hundir yo mismo este barco antes de perderlo ante los esperinos.

El enojo de Cat se desvaneció; el rubor de sus mejillas se tornó pálido.

—Ah, ya entiendo —dijo ella finalmente.

El barco pirata se acercaba impulsado por el viento dominante, persiguiéndolos como un sabueso a un conejo. Cat casi esperaba oír el toque de una corneta sobre las olas, anunciando la cacería. Entonces, su bandera maldita se desplegó a la vista. Azotó el aire: un campo negro como la noche, marcado con una calavera blanca, la boca convertida en un abismo sonriente con una flecha roja entre los dientes.

Cat la miró fijamente, mientras un escalofrío le recorría la espalda.

—¿No podemos huir? —propuso, aunque sabía poco sobre barcos y sus capacidades.

—Podríamos intentarlo —respondió Meedy, encogiéndose de hombros. Detrás de él, algunos miembros de su tripulación sonrieron burlones con descaro.

Una sensación extraña recorrió a Cat, imponiéndose de algún modo sobre el miedo: *curiosidad*. Sin pensarlo, avanzó con pasos medidos por la cubierta. Hacia el capitán, no hacia las escaleras que conducían a la seguridad.

—No parece inquieto ante la posibilidad de que unos *piratas* ataquen su barco —dijo Cat con firmeza, casi frente a frente con él.

Meedy esbozó una sonrisa cínica bajo la barba.

—No sería la primera vez, milady.

Cat entrecerró los ojos, incrédula. Incluso ella podía ver que el barco pirata era mucho más grande que el suyo, con al menos dos cubiertas de artillería.

—¿Va a dispararles? —preguntó, incrédula.

Antes de que él pudiera responder, los marineros regresaron desde la bodega, no con pistolas ni municiones, sino con *carga*. Barriles, cajas, cofres atados y bolsas de piel. Algunas le

resultaban familiares, varias estaban marcadas con el emblema de una rosa en flor.

Meedy siguió su mirada.

—Voy a comprarlos, lady Rose —dijo, antes de soltar otra orden—. ¡Bajad las banderas!

Muy por encima de ellos, en lo alto del mástil mayor, la bandera de Meridia comenzó a descender. El estandarte más grande, que ondeaba en la popa, también desapareció. Cat sintió ganas de gritar al ver cómo el León del Imperio se plegaba.

Era una señal inequívoca de rendición.

Meedy tomó a Cat por el codo e intentó conducirla fuera de la cubierta.

—Si fuera tan amable de bajar...

Ella se apartó bruscamente de la mano que el capitán le ofrecía, y ambos se sorprendieron por eso. Pero Cat estaba demasiado furiosa como para atender a las normas de etiqueta o a las de su rango, por poco que esto importara.

—¿Comprarlos con lo que es *nuestro*? —replicó ella, con la voz cortante como un látigo. *Con lo poco que nos queda, recogido de buhardillas y rincones. Apenas suficiente para una vida, incluso aquí*—. ¡Lord Rose no aceptaría esto!

—¿Hay algo más que le gustaría ofrecer a cambio? —respondió Meedy, sin ceder.

Cat no pasó por alto la forma en que la mirada de Meedy se detenía sobre ella, recorriendo su clavícula descubierta. No buscaba asustarla, sino hacerla entender. Con un gesto severo, Cat alzó el mentón; su silencio bastó.

Meedy asintió apenas y agitó la mano, desestimándola como tantos otros lo habían hecho.

—Bienvenida al Mar de Lyria, lady Rose.